

Hacer el amor a tus retinas

Ana Claudia Martínez



Image not found.

Capítulo 1

Llevaba nueve días sin ir al baño. Sentía el vientre abultado, tanto que le incomodaba para caminar o sentarse. Nunca había tenido un estreñimiento tan prolongado. Lo raro es que al ser vegetariana era casi imposible estar más de dos días sin evacuar los intestinos. Llegó a tener la idea loca de estar embarazada pero era imposible ya que desde hacía dos meses se había separado de Thiago. Aunque en la enfermería había conocido chicas que, aun tomando anticonceptivos, usando en simultáneo preservativo con espermicida, teniendo relaciones en la fecha de supuesta infertilidad, de todas maneras el maldito espermatozoide rompía las barreras, naturales y artificiales, para meterse en las profundidades del óvulo y gestar un nuevo ser.

- No, imposible, sacate esa idea de la cabeza Melina. Respirá profundo y concéntrate en cosas líquidas derramándose y atravesando con soltura un canal – se afanaba en visualizar, tal como había aprendido con su psicóloga gestáltica, un entorno simbólico que le comunicara a las heces que debían licuarse y entregarse al llamado de la naturaleza.

Pasaron los minutos y nada. Un día más que en su interior cargaría con toda la mierda acumulada. Se sentía intoxicada, maloliente y con la piel amarronada. Sabía que era un delirio ponerse con ideas extrañas pero se imaginaba restos de las heces invadiendo los canales internos de su organismo, metiéndose a prepo entre las venas y tiñéndole la epidermis para así encontrar una salida que no era la convencional.

No ingería carne roja, blanca y ningún derivado de la leche desde hacía cuatro años. Nunca había tenido un atasco como éste. Se le hacía difícil convivir con tanta mierda dentro. Su elección por el veganismo había sido justamente para desintoxicarse de pensamientos iracundos, purgar lo nocivo en su mente y así promover la paz en cada acto e idea. Velar por la seguridad animal le hacía sentir que el universo le perdonaría si alguna vez sintió rechazo por su padre, ganas de matar a su madre o que su hermana de una vez por todas se cortara la venas, como tantas veces había amenazando, para así tener la atención de toda la familia.

- Pero a vos te hace falta comer un buen choripan – fue de las primeras cosas que le dijo Thiago en la cita que dio comienzo al noviazgo. La había invitado a salir un par de veces pero ella, estricta y apegada a las normas de antaño, precisaba formalizar el encuentro en una cita con sillas, mesas y cubiertos que no diera lugar a dudas de qué se trataba aquel momento. La duda era algo que debía desterrar a toda costa si es que no quería caer en viejos hábitos de lavarse en números impares las manos, cepillarse el pelo con la mano izquierda en días nublados, contar hasta ciento tres mientras caminaba con zapatos rojos y hasta ciento cinco si calzaba en color negro. Si bien no lo había pensado en profundidad sentía que había

una conexión entre el inicio de una vida vegana y la desaparición de aquellas pequeñas compulsiones que, en parte, le complicaban la existencia.

- No me parece. No puedo disfrutar de un choripan sabiendo que el sufrimiento de la vaca está allí dentro en cada célula muerta. Y que unos humanos como vos y yo fueron los responsables de su asesinato. Soy pacifista, no uso malas palabras, me desagrada la gente que odia y busco que todos nos llevemos bien. Mi compromiso es con la vida y su conservación en cada ser de este planeta – se limpió las comisuras del aceite que aderezaba la ensalada de pepinos, tomates cherry y rúcula. Era correcta en cada movimiento y Thiago quedaba embelesado con su actuar delicado, etéreo, más propio de princesas o hadas que de una mujer con los pies en la tierra. Su seguridad y ansias de justicia le parecía admirable. Aun así no le convencía la falta total de amor por la carne, más aun siendo de un país donde las tradiciones estaban atravesadas por los rituales entorno a las tripas y vísceras de estos animales.

Se imponía beber tres litros diarios de agua mineral y sin gas, ensaladas acompañadas de semillas y unas cucharaditas de aloe para ayudar a sus intestinos a desechar lo que la estaba envenenando por dentro.

- ¿Sabés que cuando yo me dejé con aquel... Fede..., te acordas? Bueno, cuando corté con ese boludo, terrible sorete el pendejo, bueno, te cuento que me pasó algo parecido a esto que te pasa a vos – le confesaba Feli entre mates con yerba para hepáticos y nerviosos – y estuve como una semana sin poder ir al baño. Leí, justo en esa época, porque anduve buscando por internet y por todas partes qué me podía estar pasando, que si una está triste, enojada o estresada por algo, es como que los intestinos se te ponen tristes y no quieren largar nada, como que les agarra miedo frente a un cambio que estás viviendo y se aferran a todo lo que entra, ¿podés creer? – sorprendida, aun a pesar de que había descubierto esa información hacía unos tres años, le compartía un dato que quizá le pudiese ayudar.

- ¿Sí? Mmm... no sé... no me cierra. Yo a Thiago no lo extraño ni nada. Aparte ya hice el duelo. Habrá sido rápido, pero así soy yo. Si me lastimás enseguida bajo la persiana y no existís. Lo que me hizo no me lo merecía. Nadie te deja de un día para el otro sin explicaciones. “¡Estoy confundido!” Tan típico el pobre. ¿Qué le podía confundir si todos los planes estaban claros: noviazgo de tres a cuatro años, convivencia de uno, casamiento por civil e iglesia, no por mis creencias que me faltan, sino por las de él, y al año encargar un hijo. Decime Feli, pero de verdad, ¿a vos te puede confundir algo que está tan claro?

- Eh... bueno... ya te he dicho mi opinión. No quiero que te enojés. Capaz que el loco, con veinte y pocos años quería algo más light, más libre, algo así como “vamos viendo”, ¿no? Para mí vos sos un poquito estructurada y tal vez otro tipo de persona se ajuste más a vos, ¿no? – se lo decía con suavidad porque conocía el temperamento irreverente de su amiga, que si bien buscaba la paz en cada acto y rescatava animalitos en la calle, se

ofendía en dos segundos y se iba como si un vendaval le arrebatara la sensatez, sin alerta roja de por medio.

- Ta, igual, no tiene sentido hablar de esto. Ya fue. Ya me olvidé de él. No le guardo rencor ni nada. A mí lo que me tiene mal no es él ni el duelo, ni nada, a mi me tiene como el orto que justo mi orto no quiere sacar nada, no se abre y está tapiado como una tumba. En lo único que pienso es en cagar y sacarme todo esto de encima. Parezco embarazada con esta panza hinchada – se tocaba con asco el abultado abdomen.

- ¿Vos estás durmiendo bien? ¿Te has fijado si logras descansar en la noche? Recuerdo que también el descanso era importante y el insomnio no ayuda a que te relajes y dejes que las cosas fluyan.

- Sí, duermo como un tronco. Es como que a las ocho de la noche me baja como un sueño de golpe. Me caigo dormida en donde sea que esté y al otro día amanezco a eso de las ocho, por completo descansada, y sin una gota de sueño. Eso sí, he notado que me duelen los músculos, como si hubiese corrido una maratón.

- ¿Estarás teniendo pesadillas? Capaz que estas durmiendo rígida, como tensa, apretando todos los músculos. Porque viste que cuando uno duerme no controla nada de lo que pasa, ¿no?

- Sí... capaz que sea algo de eso. Lo que sí está buenísimo es que no recuerdo nada y es tan placentera la amnesia. Si uno pudiese elegir tomar una pastillita a última hora del día, para olvidar todos los pensamientos de porquería que pasan por la mente, sería ideal, ¿no te gustaría?

- ¿Te parece, Meli? Como ficción me parece que estaría bueno y no creo que estemos lejos de que se invente algo así. Pero si me das a elegir yo prefiero siempre tener mis recuerdos vivos. Aunque algunos sean feos prefiero que estén conmigo. No me gustaría quedarme vacía, sin historia, aunque tenga partes malas. Como con las películas o los libros. No te gusta todo el contenido pero siempre un mensaje rescatas y te hace el día, algo nuevo encontrás y te hace crecer un poco por dentro – sirvió el último mate ofreciéndoselo a su amiga que le miraba de soslayo, en plena desconfianza.

Al décimo día de no movilizar nada en su interior fue a preparar el desayuno. Un jugo de naranjas sin azúcar, un vaso de agua mineral, cuarta ananá y dos frutillas con yogur natural se suponía le ayudarían a diluir el estancamiento.

- ¡Otra vez estas manchas rojas! ¿Pero de dónde viene esto? Las frutillas no tienen este color – se preguntaba, con enfado e impotencia, ante aquellas pequeñas gotitas rojas que interrumpían la belleza de la cocina inmaculada. Aunque pasara el trapo cada día no lograba identificar un rastro. Aparecían en el espacio comprendido entre la heladera y la pileta. Como si algo se apoyase en la mesada o recorriera esos centímetros dejando la huella de algo parecido a la sangre.

Se fijó y cada cubierto estaba en su lugar, tal como lo había dejado la noche anterior. Era el noveno día que estas, intrusas, invadían su cocina.

Con el índice palpó una gotita y, teñido de rojo, se lo llevó próximo a las narinas. Olisqueó como si pudiese visualizar su origen tras el rastro en el olfato. La mente se le puso negra y un recuerdo le asaltó la calma interior.

- ¿Cuándo me vas a dejar hacerte el amor con la luz prendida? – le decía, con suavidad al oído, mientras bordeaba el pezón erecto entre los dedos, el que había sido el amor de su vida.

- No, Thiago, mi amor, ya te dije que no me gusta. No me hagas sentir incómoda. Sabés que me persigo con mi cuerpo y me da vergüenza – se puso rígida y el posible orgasmo salió disparado por la rendija de la puerta.

- Es que sos hermosa, Meli, hermosa, ¿por qué vos no te das cuenta? Disfrutate y dejame que yo te disfrute. Me encanta mirarte. Me vuelve loco tu piel así llena de pecas, manchitas y lunares. Me encantaría que tu piel le hiciera el amor a mis retinas – le besaba, suave y engatusador, el cuello doblado sobre la almohada.

- ¡Ay, qué cosas decís! Me estoy desconcentrando. Ahora siento presión. En lo único que pienso es que no estás satisfecho y que para que me sigas queriendo y deseando me tenes que hacer el amor con la luz prendida. Y yo solo puedo hacerlo en la oscuridad – se ponía tensa, molesta, casi enojada porque anticipaba que este encuentro terminaría en pelea.

- No seas así. No seas mala. ¿Por qué te pones tensa? Relajate. Yo te amo como sea, vestida, tapada, encapuchada... pero me cuesta amarte sintiéndote atrapada, toda revestida de miedos y boludeces.

- ¡Que no son boludeces! ¡Ay, pero qué egoísta! ¡Qué ganas de cagarlo todo vos, eh! Perdón, no puedo seguir, me voy – se salió de abajo del cuerpo de Thiago y comenzó a vestirse, apresurada, en medio de un enojo que le nublabla la vista.

- Perdoname, Meli, no me hagas caso. No te vayas. Dale, no me dejes así – le imploraba con la secreta esperanza de que la culpa le hiciese volver y saciarle la urgencia.

- No me hagas sentir mal. Ahora me voy sintiéndome culpable de que te fallé, por mis traumas no te puedo satisfacer y encima te quedas con ganas de hacer el amor sin que yo pueda hacerlo – se fue llorando mientras recogía el morral y el candado de la bicicleta para volver a su casa.

- Perdón, Meli... esto no va a funcionar... - fue lo último que escuchó decir a Thiago, mientras daba un portazo para dar rienda suelta a su angustia al pedalear y llegar cuanto antes a su casa.

Pasó el día limpiando cada rincón del apartamento. Barrió el piso de la cocina, lavó los de cada habitación, puso la ropa a secar y limpió los vidrios de los enormes ventanales. Nada de eso pareció servir para disipar la angustia que se le anidó en el pecho con ese recuerdo imprevisto. No quería llorar. Ya había llorado lo suficiente. Nadie en este mundo podría comprender sus traumas. Era una cuestión personal y nadie nunca sabría lo que por su mente rondaba. Encima saberse dejada por esta

imposibilidad. No quería sentir rabia. La rabia era la peor emoción, la peor de todas. La gente te deja de querer cuando mostrabas rabia. Bien lo sabía y Thiago se lo había comprobado. Te enojas y te abandonan. Por eso ningún perro ni gato en todo el planeta le abandonaría mientras ella velase por su bienestar, al rescatarlos de la inhumanidad callejera, ni vaca, ovejas o cerdos podrían dejar huellas de la rabia humana en su estómago.

“Que mi piel le hiciese el amor a la retina de sus ojos” – pero qué pavadas dicen los tipos con tal de tener sexo. Con este pensamiento se fue hasta la cocina a preparar una ensalada de frutas antes de ir a dormir. Le empezaba a picar el sueño y la pesadez ya no le dejaba pensar con claridad. Al agacharse para retirar las frutas del último cajón de la heladera sintió un pinchazo en un costado del vientre. Se incorporó de golpe para verificar aquel dolor. La panza se le había deformado un poco con la brusquedad del movimiento. Quedó un poco ladeada hacia el costado derecho. Con las manos movió de un lado al otro, como si ubicara a un bebé en su posición en un estado avanzado del embarazo. Otro pinchazo. Se ilusionó con la esperanza de que los intestinos estuviesen respondiendo al llamado de cada estrategia empleada para evacuarlos. Antes de ir al baño recordó que tenía una perita en la terraza que le habían dicho era bueno para un tratamiento parecido a los enemas. Se había resistido a intentar algo así de invasivo porque su ano era virgen y tan solo un termómetro había osado traspasar sus paredes para tomar la temperatura exacta cuando era una niña.

Al ir a buscar el instrumento que le destaparía las cañerías internas tropezó con la esquina del freezer. Hacía meses no lo usaba. Como no congelaba carne, alguna que otra vez lo usaba para guardar hamburguesas veganas, tortas sin harina y sopas que luego descongelaría a lo largo de los meses. Sintió un ruido líquido en los pies. Levantó uno y observó que caían gotas debajo de la suela de los championes. En la oscuridad no veía de dónde provenía aquello. Prendió la luz de la terraza. Una extraña marea roja cubría lo que había sido un suelo blanco e impoluto y vio su reflejo asustado en ella. Del costado del freezer un rastro húmedo recorría el plástico hasta inundar las baldosas en gotas que no cesaban de caer. Sin cuestionárselo abrió las compuertas. Una caja de hamburguesas, sanas, tesoro de la paz y el bienestar, reposaban en el costado izquierdo, mientras un tupper de grandes dimensiones se arrinconaba hacia la derecha. En el centro, allí abajo, entre capas de escarcha asomaba un bulto ovalado entre partes trozadas. El hielo rojo parecía cubrir de rubíes la comida sagrada.

Se fue acercando con las manos apoyadas en los bordes. Con un pie se sostenía en el suelo mojado de lo que ahora intuía era sangre. Sus intestinos pulsaban con fuerza haciéndole saber que el momento había llegado. Toda la mierda que le habitaba saldría despedida en cuanto se sentara en el wáter. El odio, la ira y la frustración se le iría del cuerpo para dejarla limpia de deseos de venganza. Sin recuerdos estaba todo

hecho. La perfecta justicia que el universo otorga a las almas buenas que mantienen con vida a los seres indefensos.

Se vio: perfecta, limpia, pura, llena de pequitas y lunares.

Su piel, atrevida, sin vergüenza, ahora sí, dos meses después, le hacía el amor a las retinas tiesas y opacas.